

Los pliegos de cordel y cantares de ciegos

En los romances de cantares de ciego y en pliegos de cordel se difundían legendarios milagros de la Virgen la Soledad de la Paloma, como la curación de Juan Antonio Fernández de Córdoba, conde de las Torres Cabrera, que a causa de una caída de su caballo se rompiera una pierna, que se engangrenó y que, encontrándose al borde de la muerte imploró a la Virgen.

*“Seis días nada más habían pasado
desde que el conde con piedad sincera
a la Virgen rogó le socorriera
en trance para él tan apurado
cuando se halló curado
como si tal caída no tuviera
causando a los galenos tal sorpresa
que hasta el fin de la vida les durara
si el milagro el de Torres no explicara”.*

En un romance de ciego, reproducido mucho mas tarde * se nos cuenta la curación prodigiosa del infante Fernando, octavo hijo de la reina María Luisa de Borbón-Parma, esposa de Carlos IV, que enfermó de neumonía cuando tenía ocho años.

*“El Soberano, su padre
no sabe ocultar su pena
y la Reina María Luisa
vive en lagrimas deshecha.*

¡Pobre Príncipe de Asturias!

¿No ceñirás la diadema

que de gloriosos monarcas

te guardó la Providencia?”.

“

Vuelve al Palacio de Oriente, “*entre sus brazos estrecha/ al hijo de sus entrañas*” y ve que está curado. El romance termina:

“Tu Virgen de la Paloma

sacrosanta madrileña

concediste de un milagro

de tu celestial clemencia

que en un altar, pueblo y reyes

sólo un corazón te ofrezcan”.

La *Hoja Parroquial* que reproduce el romance concluye con una frase redactada por el cura, don Gregorio Álvarez: “Agradecida la Reina y deseosa de que la milagrosa imagen ocupara un lugar digno, inició una suscripción de la que se ocupó el conde de las Torres, que alcanzó en aquellos tiempos la enorme cifra de 25.000 ducados” *.

Un portento semejante, que mereció uno de los mas populares romances de ciegos, fue el que hizo la Virgen con dos hijos de la marquesa de San Rafael, uno- Adolfo - con el mal de viruelas, tifus y ataques epilépticos, que estaba desahuciado y otro – Agustin- que al mismo tiempo sufrió un ataque cerebral y el médico afirmó que la muerte era segura, porque en ambos casos las sanguijuelas, sangrías y cocimiento de tisanas habían sido inútiles. La marquesa, que vivía en la calle de la Princesa 36,

principal derecha, fue a rezar a la capilla de la Paloma y al regresar a su casa se encontró a los niños jugando en el dormitorio, que le contaron que en su ausencia había llegado una señora con un manto negro que les puso las manos sobre ellos y se curaron inmediatamente.

“La madre cuando esto oyó

daba gracias de contenta.

Los vistieron y vinieron

a cumplir una promesa.

Y trajeron un retrato

como el que en la capilla se encuentra.

El veinticinco de febrero/ en el año del cincuenta “.

Y otro parecido, aun no sabemos si se realizó en una familia de la nobleza o del pueblo, pues no se dan nombres, empieza diciendo:

“Enfermo se encuentra el niño

y su madre que le adora

vierte lágrimas amargas

y no sale de la alcoba .

Los médicos han hecho inútilmente todo lo posible y el niño agoniza.

“La madre afligida entonces

toma una vela llorosa

y lo encomienda a la Virgen

la Virgen de la Paloma”.

Cuando vuelve a casa y se encuentra al niño que le dice:

*“He tenido un sueño, madre
que mis sentidos conforta
soñaba que se acercaba
a mi lado una Señora
vestida de negro el cuerpo
la frente de blancas tocas
y cogiéndome las manos
entre las suyas hermosas
“Vive niño, me decía
vive, tu madre te adora”
y me besaba en la frente.*

Y termina:

*Su madre lo lleva al templo
“Hijo, las rodillas dobla
y da gracias a la Virgen
porque la salud te torna”,*

Se cuentan y cantan otros prodigios: Martín de Ampuria tenía una tahona en la calle de la Paloma. Una noche, mientras trabajaba en su obrador, se rompió la cuerda que se iba enrollando en el cilindro y la pesada piedra cayó sobre su cabeza. En esos instantes el panadero pudo invocar el nombre de la Virgen. El golpe sacudió la casa entera y su ruido despertó a los vecinos, que se levantaron y acudieron corriendo. Entre varios lograron

levantar la piedra y se maravillaron que Martín no había sufrido daño alguno.

Otro “milagro” que se cantaba acompañado de una guitarra en la plaza de la Cebada y en la plaza Mayor no habla de Manuel Buendía compró con sacrificio y dinero prestado, un horno de cerámica. Una furiosa tempestad (las tempestades en los romances de ciego siempre son “furiosas”) lo destruyó. Con esfuerzo pudo rehacerlo y al prender la lumbre en él se inflamó el tejedor que quedó devastado (el fuego siempre es “devastador”). Desesperado y llorando Buendía se fue a su casa y se encerró durante un mes. Pasado ese tiempo volvió a ver las ruinas de lo que le había costado tantos esfuerzos y se encontró el tejedor y el horno “inmaculados” y en éste grabada la imagen de la Virgen de la Soledad. Su esposa le confesó entonces que había ido a la capilla y prometido a la Virgen ofrecerle una misa y media libra de aceite si los ayudaba a salir de la situación en la que se les iba la vida.

“He aquí el gran prodigio

que hace poco ha ejecutado

el cielo justo y divino

con el hombre mas honrado.

En un ladrillo se mira

la imagen celestial cuya expresión virginal

*a todo mortal admira” *.*

Hemos dicho que la Soledad de la Paloma estaba en los pliegos de cordel y romances de ciego, en los que se entrecruzaban la oralidad, la escritura y la iconografía. Así nos lo describe Vicente de la Cruz en su novela *Mis pequeñeces*. *El*

cuarto estado: “Pregunta una mujer, envejecida por los abusos del alcohol “¿Quién quiere oír el milagro de la Virgen de la Paloma?”, anunciando a continuación que podrá responder a la pregunta por 5 céntimos con el texto y la ilustración que lo acompaña en el pliego. Y otro pliego con treinta toscos dibujos: “Miren a la chulapa con un gran pañolón exclamando Bendita sea mi Virgen de la Paloma. A ella le debo el haberme *arreglao* con mi Manolo y por eso voy a ponerle a ella una vela, a ella, tan hermosa, rica y retrechera”, y al decir esas palabras besaba la imagen toscamente grabada de la Virgen con la que se iniciaba y concluía el pliego. mi Virgen de la Paloma. A ella le debo el haberme *arreglao* con mi Manolo y por eso voy a ponerle a ella una vela, a ella, tan hermosa, rica y retrechera”, y al decir esas palabras besaba la imagen toscamente grabada de la Virgen con la que se iniciaba y concluía el pliego *.

Muchos mas se recitaban y mostraban en los dibujados pliegos de cordel. Algunos eran truculentas historias como la de “Los amantes desgraciados” o aquella otra que contaba como una lluviosa y fría noche de invierno una joven regresaba a su casa cuando fue asaltada por un hombre que con un puñal estuvo a punto de asesinarla. La joven invocó a la Virgen y el hombre huyó. Pasaron 30 años y un día la joven – ya una hermosa mujer- lo reconoció, siguió y habló con él. Así volvieron a encontrarse. Él hombre había emigrado a América, y arrepentido de su vida elegido la buena senda y trabajando honestamente hecho una fortuna. Ella lo perdonó y ambos dieron gracias a la Virgen de la Paloma, se enamoraron y casaron. “Y fueron felices y comieron perdices”.

“Fíjense ustedes, presten atención, miren y escuchen el milagro de Nuestra Señora de la Paloma con una pobre madre y sus cuatro hijos enfermos”, decía otro en una concurrida esquina próxima *.

He citado extensamente estos hechos, prodigios o milagros relatados en versos pobres, torpes, ingenuos, para que el lector se haga una idea de una cierta religiosidad de la época. Versos que están muy lejos de los que ahora abren los laudes y vísperas de la Liturgia de las Horas - poemas de Amado Nervo, Gabriela Mistral, Unamuno, Pemán, Machado, Pérez de Urbel o Martín Descalzo- a veces marianos y siempre de gran belleza e incluso profundidad teológica. Vaya como ejemplo el fragmento de un poema de Manuel Machado:

“Madrecita de Madrid

Madre de las madres todas

Divina madre de Gracia

Piedad y Misericordia

Eva Santa,

Del linaje luminoso corredentora”

*.- Hoja Parroquial, 15 de agosto de 1947.

*.-En los inventarios de la capilla, que hemos visto, resumido e indicamos donde pueden consultar, no existe que así se llevara a cabo la colecta popular y menos que se alcanzase esa cifra.

*.- Estos pliegos de cordel pueden verse – y comprarse – en el Museo de la Fundación Joaquín Díaz.